STAR WARS

EL PODER DEL LADO OSCURO

BRENDON J. WAHLBERG

Palpatine planea su regreso junto con su Imperio Oscuro. Pero primero, deberá enfrentar a los traidores entre sus adeptos.

STAR WARS

Emperador oscuro 5

El poder del lado oscuro

Brendon J. Wahlberg

LEYENDAS

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: The Power of the Dark Side*
Autor: Brendon J. Wahlberg
Arte de portada: Wookiepedia: Unidentified Dark Side Adept
Publicado originalmente en TheForce.net
Publicación del original: 1997

poco después de la batalla de Endor

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath
Revisión: (sin revisar)
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
02.04.19
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO V
EL PODER DEL LADO OSCURO

Aunque el Imperio continúa decayendo, su perdido Emperador está determinado a resucitarlo. Reuniendo una enorme flota, Palpatine planea materializar su retorno, y su victoria final.

Pero en Byss, el mundo perteneciente al lado oscuro, algunos adeptos traidores están complotando para tramar la caída del líder que sienten que les ha fallado.

Un golpe mortal ha sido planificado para destruir todo lo que el emperador ha luchado por construir, a menos que él pueda reclamar su perdida fortaleza en el lado oscuro…

CAPÍTULO I

> «La Fuerza es un campo de energía que es alimentado por todos los seres vivientes. Todas las cosas vivas tienen oscuridad dentro de sí mismas, la cual también alimenta al Lado Oscuro de la Fuerza. El universo está lleno de rabia. Mi propia ira puede desatar y desencadenar la ira del cosmos. A partir de ese simple acto, fluye todo el poder del Lado Oscuro».
>
> —*Extracto del Libro de la Ira.*

—Dime, Savuud Thimram —lo interrogó Palpatine—, ¿por qué no pensaste en traicionarme durante mi periodo de debilidad?

El antaño Emperador Galáctico se reclinó sobre su asiento, evaluando de manera muy concienzuda al poderoso adepto, por encima de la pesada mesa. Thimram lograba ocultarlo bastante bien, pero un destello de ansiedad aun podía ser percibido en su delgado rostro casi-humano. La pregunta lo había tomado por sorpresa. Después de todo, hasta ese momento, ellos habían estado enfrascados en una discusión acerca de la debilidad de los seres inferiores, tales como los ciudadanos que habitaban en Byss, y en la forma en que su energía vital era necesariamente absorbida por los adeptos del Lado Oscuro. Robada para pagar el precio del decaimiento físico demandado por el Lado Oscuro. Savuud Thimram nunca había pensado ni una sola vez en que Palpatine pudiera ser considerado débil o inferior. Ni siquiera después de los eventos de Endor, cuando Palpatine había logrado regresar a Byss, despojado de la mayor parte de su Poder Oscuro. Para él simplemente, Palpatine siempre sería *El Maestro*.

Ese hecho era lo que había permitido que Thimram fuese escogido como el adepto que guiaría a Palpatine en sus esfuerzos por volver a recuperar su poder. Palpatine siempre había confiado en Thimram, y la confianza era algo raro entre los seguidores del Lado Oscuro. Así que, ¿por qué le estaba preguntando acerca de una posible traición? Thimram era incapaz de olvidar los vívidos recuerdos del aciago destino de los otros que habían traicionado a Palpatine en el pasado. La muerte de Vader había sido uno de los

ejemplos más benévolos. Rápidamente, decidió enterrar aquellos pensamientos, y se forzó a sí mismo a considerar seriamente la pregunta.

Thimram colocó sus dos manos sobre la mesa, demostrando formalmente que ningún ataque de la Fuerza estaba siendo esbozado por parte suya. Sus delgados labios se contrajeron por encima de su puntiagudo mentón, y le tomó un momento el escoger cuidadosamente las palabras con las que debería responderle a su Amo. Si su lealtad estaba siendo cuestionada, se trataba de un asunto bastante serio.

—Antes de los eventos en Endor —empezó a decir Thimram—, nadie hubiera pensado que alguien pudiera traicionarlo a usted, y seguir con vida. Incluso Vader, quien se pavoneaba tanto, aunque de manera errónea, sabía que arriesgaba su vida cuando empezó a planificar su traición. Vuestro poder solía ser inmenso. Usted no necesitaba estar preocupado acerca de adeptos como lo soy yo mismo, ya que su enlace con nosotros, le daba la habilidad de observarnos en cualquier momento. Pero Maestro, usted debe creerme, yo nunca ni siquiera he considerado la posibilidad de traicionarlo, y no simplemente porque aquello significaría indefectiblemente mi muerte. Yo siempre me he visto admirado por vuestra fortaleza y por vuestro conocimiento, y siempre me he sentido afortunado por la forma en que usted compartía algo de ese poder conmigo. Mi lealtad siempre ha sido la del aprendiz para con su Maestro.

Savuud hizo una pausa, buscando en el rostro de Palpatine, un indicio de a dónde estaba llegando todo esto. Las emociones de su Maestro permanecían estando ocultas, y su expresión era inescrutable. Thimram había conocido a aquel rostro de muy diferentes maneras. Justo en aquel preciso instante, se trataba de la cara de un hombre que empezaba a vivir sus treintas. Palpatine había envejecido muy poco desde aquel preciso día, hacía ya dos años, en que había abandonado la mente de Mara Jade, y había regresado a la vida en el cuerpo de uno de sus propios clones. Pero desde entonces, el empleo constante y sostenido de su poder, era lo que había estado acelerando su envejecimiento, y Palpatine había empezado a experimentar cierto nivel de decaimiento. Era como si el Lado Oscuro le hubiese retirado todas sus consideraciones de

manera definitiva. Quizás el Lado Oscuro fuera el más implacable Maestro de todos los que pudieran haber existido.

—¿Y ahora? —lo apremió Palpatine de manera callada.

—Y ahora… —Thimram sintió un súbito brote de gélida humedad atravesando su piel de color marrón—. Todavía soy su aprendiz, Maestro. A pesar de que vuestro innato poderío se encuentre menoscabado, vuestro conocimiento no ha hecho más que irse incrementando. Nadie que permanezca con vida, conoce más que usted con respecto al dominio del Lado Oscuro. Además, con vuestra determinada búsqueda de nuevas fuentes de poder, no pasará mucho tiempo antes de que vuestro creciente poderío sobrepase con creces lo que alguna vez fue. En la vida, siempre existe una recompensa para los que le son leales a los verdaderos poderes, especialmente para los que permanecen leales durante los tiempos difíciles.

Thimram intentó permanecer calmado. Palpatine continuaba hurgando en sus pensamientos. Thimram estaba empezando a preguntarse si alguna otra persona había estado tratando de volver al Maestro en contra suya.

Palpatine se inclinó de manera agresiva en dirección hacia Thimram.

—Y hasta el momento, toda mi búsqueda del conocimiento oculto, ha quedado registrada en mis archivos y mis libros. No hay sino algunos pocos secretos que no han sido consignados en mi compendio. Si yo desapareciese, tú podrías emplear todo aquel conocimiento para ejercer el dominio sobre todos los otros adeptos. Byss sería tuyo por completo. Tú eres más fuerte de lo que soy yo en este momento. ¿Por qué no simplemente destruirme y tomar mi lugar?

Thimram decidió que debía llegar al fondo de aquella situación tan poco confortable. Una franqueza completa, aunque fuera peligrosa, era lo que se imponía.

—Maestro, puedo jurarle mi completa y continua lealtad. Yo no aspiro a ocupar su posición, ni pienso que esté capacitado para poder hacerlo. Si alguien ha estado diciéndole algo en contrario, puedo asegurarle que se trata de una mentira. El oponerse a usted, incluso ahora, mientras usted se encuentra «debilitado», sería algo tonto. Aquí en Byss, usted está seguro en su fortaleza. Cuatrocientos

Sovereign Protectors[1] permanecen siendo absolutamente leales a usted. Mis propios poderes, aunque son bastante formidables, no podrían preservar mi vida en contra de todos ellos. Usted también controla cientos de Centinelas. Nuevamente, mis posibilidades de sobrevivir contra semejante cantidad de esos gigantes, serían ínfimas. Y luego están los soldados de asalto, la Guardia Real, y toda la tecnología puesta a su servicio. ¿De qué me serviría el poder destruirlo a usted, si yo no lograse sobrevivir para disfrutar de las recompensas? Y también está la realidad desnuda de que si yo intentase asesinarlo en este mismo momento, y tuviera éxito, pues todavía habría fallado en el cometido final. Usted sería capaz de transferir su conciencia a uno de sus clones, permaneciendo seguro en los laboratorios de clonación, mientras al mismo tiempo podría decretar mi muerte a manos de sus incontables legiones.

Thimram se decidió a aguardar, incómodo, la respuesta de su Maestro.

—Muy bien, Savuud. Aprecio bastante la honestidad. Y no estoy pensando en que tú pudieses ser capaz de traicionarme.

Thimram sintió que la tensión empezaba a desvanecerse de su cuerpo.

—Sin embargo —continuó Palpatine frunciendo pensativamente el ceño—, he estado sintiendo algo en la Fuerza en los últimos tiempos. Una sensación de peligro. Algo está a punto de ocurrir.

Palpatine le retiró la mirada.

—De todas las cosas que he perdido, el poder de preverlo todo con mis visiones, es lo que más extraño.

El antiguo Emperador hizo una pausa que empezaba a hacerse incómoda, antes de decidirse a continuar:

—Antes, simplemente podía anticiparme a las amenazas. Eso es algo que ya no puedo hacer más…

—Maestro —dijo Thimram, esta vez con un tono más confidencial—, no he oído de ningún peligro, pero sus sensaciones no deberían ser ignoradas. Podrían ser el inicio del regreso de su poder de anticiparse al futuro con sus visiones. Si permanecemos alertas, podremos detectar cualquier amenaza antes de que pueda representar algún peligro.

Thimram pudo percatarse de que su Amo todavía se encontraba conflictuado. La antigua postura arrogante de Palpatine, había sido

reemplazada por una apreciable inquietud. Los eventos traumáticos que habían involucrado a Luke Skywalker y a Lord Vader, habían dejado una marca indeleble en la absoluta confianza de Palpatine, socavando su sensación de supremacía. Thimram, quizás experimentando una premonición propia, sintió que una prueba aún mucho más terrible, estaba cerniéndose sobre el futuro cercano.

CAPÍTULO II

> «La construcción de Mi Imperio ha estado basada en el poder del Lado Oscuro. Sin ese poder, no podría ser mantenido unido. Mi propia oscuridad dirigirá la máquina de guerra imperial, y sus ruedas serán lubricadas por el miedo y la ira —la ira frente a la Rebelión, y el miedo ante el castigo que les será impuesto. Pero el miedo, la ira, y el militarismo, puede que no sean suficientes para mantenerlo unido. Sin el poder del Lado Oscuro, ese mismo miedo junto con la ira, pueden ser suficientes para despedazar el Imperio».
>
> —*Extracto del Libro de la Ira.*

—La cena está servida, Amo —exclamó Sate Pestage.

El antiguo Gran Visir ingresó en la recámara de Palpatine, acarreando dos humeantes bandejas. Después de colocar ambas sobre una reluciente mesa, Pestage unió los enjoyados dobladillos de las mangas de sus vestimentas, y se decidió a esperar, respirando el aroma del colmillo guisado. Levantó la mirada en dirección hacia el otro ocupante de la habitación, con cierta impaciencia bondadosa.

Palpatine se encontraba sentado frente a un enorme escritorio, entretenido con un libro alienígena acerca de la Tyia, una forma alternativa de encarnar la Fuerza.

Pestage sabía que su Amo estaba abarcando lo más lejos posible en sus estudios para encontrar nuevas perspectivas acerca del poder de la Fuerza. Una mayor cantidad que nunca de adeptos alienígenas, habían estado siendo convocados a Byss, a medida que Palpatine iba invitándolos con el fin de instruirlos, y al mismo tiempo, para aprender subrepticiamente de sus secretos.

El antiguo Emperador parecía no haberse dado cuenta de la presencia de Pestage. El viejo hombre se aclaró la garganta.

—No es muy amable el tener esperando a tu padre, Espaa —lo reconvino Pestage.

Frunciendo el ceño, Palpatine levantó la mirada del libro que sostenía entre sus manos.

—Quizás sería bueno que recordaras que ya te he dicho que no me llames de esa manera.

Los hombros de Pestage se encogieron, al tiempo que sonreía para sus adentros. Aquella era una conversación que se había vuelto familiar.

—¿No podría usted considerar perdonar a un hombre anciano por su tonto sentimentalismo?

Espaa era el nombre del hijo perdido de Pestage hacía tanto tiempo, el cual había secuestrado de su hogar por los Sith, después de la muerte de su esposa. A lo largo de los años, Pestage había llegado a tener el convencimiento de que Palpatine era su hijo. Él jamás había hablado acerca de semejantes suposiciones, hasta después de la Batalla de Endor, cuando le había revelado todo a Mara Jade. El Emperador había estado alojado en la mente de la asesina, y Pestage sospechaba que había podido escucharlo todo. Sin importar que se tratase de algo certero o no, el comportamiento de Palpatine para con su Gran Visir, había cambiado después de aquel hecho. Se había desarrollado un nuevo nivel de confianza entre ambos. Pestage había salvado la vida de su Amo, y Palpatine había correspondido aquella enorme deuda de gratitud, abriendo todo su ser al viejo hombre, compartiendo con él sus miedos, y también sus ambiciones. Lo acaecido en Endor lo había humillado en un grado extremo, y aquello había permitido que esta persona pudiese ingresar más íntimamente en su vida.

Pestage no estaba seguro de que Palpatine lo considerase como su padre; él no era exactamente la clase de persona que pudiese tener un padre. Pero el simple hecho de que Palpatine ahora lo tratase como a un igual, hacía que todo lo que Pestage había tenido que pasar para salvarlo, realmente valiese la pena.

Palpatine cerró ruidosamente su libro, y se aproximó a la mesa, para sentarse justo en la posición opuesta a Sate Pestage.

—¡Un hombre anciano eres en verdad! Algunas veces he pensado que eres tú quien tiene más posibilidades de vivir por siempre, que las que yo tengo.

Pestage recogió sus cubiertos, y empezó a comer de manera satisfecha. Era una figura vieja, huesuda y arrugada, cuyo cuerpo similar al de un espantapájaros, se notaba perdido en medio de su deslumbrante sotana. En contraste, Palpatine por una vez, se miraba

en parte como si fuese el hijo potencial de Pestage. Su rostro de fuerte osamenta, se encontraba coronado por un penacho de cabello rubio oscuro, el cual además, mantenía corto en el resto de su cabeza. Sus ojos nunca habían cambiado. Su mirada se mantenía dura y penetrante como siempre. Pero Pestage se encontraba complacido de comprobar que, en cualquier momento en que sus ojos se fijaban sobre él, se dulcificaban un poco. El sacar a la luz una diminuta parte de la humanidad profundamente enterrada de su Amo, no era una hazaña que pudiera considerarse insignificante.

—Vamos a discutir con respecto a lo que queda del Imperio, mi Viejo Amigo —lo invitó a hablar Palpatine, después de algunos momentos—. Cuéntame acerca de los últimos reportes.

—La inexorable desintegración continúa siendo incontenible, Amo. Los diversos Grandes Moffs y los generales, persisten intentando expandir sus pequeños fragmentos de territorio a costa de los demás, luchando unos contra otros, para terminar perdiendo lo que acaban de ganar. Y mucho de ello, todavía continúa siendo reclamado invocando vuestro nombre. La tendencia creciente más importante en estos momentos, es el poder naciente de los Señores de la Guerra. Los días de competir políticamente para asumir el poder, ya no están más, y todo para bien, según creo. En la actualidad, sólo cuenta el poderío militar. Hemos estado siguiendo el progreso de uno de aquellos Señores de la Guerra en particular, el denominado Zsinj. Con su Súper Destructor Estelar, está ocasionando un daño muy cuantioso a diversos mundos de la jurisdicción que ahora está bajo el control de la Nueva República. El hombre no es más que un criminal, pero actúa de manera efectiva. Probablemente tenga éxito en forjar su propio mini-Imperio.

—Hasta que yo se lo arrebate —sonrió Palpatine sombríamente —. ¿Y qué hay del progreso de la así llamada Nueva República?

—Nuestro Servicio de Inteligencia estima que se harán con el control de Coruscant en un plazo aproximado de dos años. Hay pocas cosas que puedan interponerse en su camino. Los sistemas como Corellia y Kuat, han sido transformados en fortalezas, encerrándose sobre sí mismos. Los Señores de la Guerra son poderosos, pero privilegian sus intereses particulares. De hecho, algunos de ellos hasta han combatido junto con las fuerzas imperiales leales que defienden los mundos del Núcleo. El camino

está abierto hacia Coruscant —Pestage se veía cabizbajo—. Terminarán por apoderarse del Palacio, Amo.

Palpatine se encogió de hombros ligeramente.

—Pero no lo destruirán. Cualquier cosa de la que puedan apropiarse, podrá volver a ser tomada, cuando yo me encuentre preparado. Y no le resultará tan fácil a ellos el apoderarse de Coruscant. Resulta que sé que Ysanne Isard, la Directora de Inteligencia, tiene algunas sorpresas preparadas para los rebeldes, para cuando éstos logren ingresar a la Ciudad Imperial.

—La Directora… —Pestage frunció el ceño—. Ella piensa que posee mucha más importancia de la que realmente tiene. Se atreve a actuar como si fuera vuestra sucesora, cuando no hay nadie que pueda dar la talla.

Pestage se encontraba perturbado por el recuerdo de cómo, poco después de haber restaurado a su Amo en un nuevo clon en Byss, Palpatine había querido sondear la situación política en Coruscant, en medio de la conmoción de su «muerte». Habían creado un clon de Pestage, y lo habían enviado a Coruscant, para que intentara asumir el poder. El Pestage original había sido exiliado por el Consejero Principal Ars Dangor, pero ahora Dangor se encontraba muerto, y sus decisiones políticas habían quedado desacreditadas. El mismo círculo de poder que había permitido que Pestage fuera exiliado, había aceptado al clon de Pestage «de regreso», como su nuevo gobernante.

La acusación central que Dangor había empleado para exiliar a Pestage, era que él había empleado su posición de privilegio para hacerle llegar al Emperador, algunos consejos que habían resultado ser traicioneros, todos los cuales lo habían conducido a su muerte en Endor. El clon de Pestage, había sido enviado de regreso a Coruscant con evidencias cuidadosamente preparadas para poner en claro que, de hecho, Dangor había sido el traidor, y que el exilio de Pestage, había sido fraguado con el único propósito de apartar a un rival de Dangor en su camino hacia el trono. Se habían «descubierto» algunos documentos que nombraban a Pestage como el indiscutible sucesor designado por el Emperador, y Pestage se había presentado como la única persona que podía gobernar de manera eficaz, con el fin de resolver el caos que se había desatado luego de la muerte de Palpatine. El círculo de poder de Coruscant

había aceptado la situación, pero en forma privada, Pestage se preguntaba si es que los otros consejeros no habían llegado a ser influenciados por los Oscuros Adeptos de Palpatine; ésa era la única explicación en la que podía pensar, para justificar aquel improbable cambio de parecer.

Quizás demasiado pronto, Pestage había descubierto cuán vacía era la conversación que estaban sosteniendo. El clon de Pestage no había sido ni siquiera algo capaz como Palpatine para poder controlar las intrigas, y lo traicionero de su corte. Su «gobierno» había durado tan sólo seis meses. Durante todo ese tiempo, Ysanne Isard había trabajado incansablemente en contra suya, hasta que, finalmente, sus maquinaciones habían llevado a la muerte del clon de Pestage a manos de un Señor de la Guerra que se encontraba al servicio del Imperio; alguien llamado Krennel.

Después de toda aquella trama, Palpatine no había hecho ningún otro intento por controlar a quien estuviera sentado sobre el trono, habiendo escogido en lugar de ello, el hacerse de la vista gorda sobre el tema, hasta que llegase el momento de su propio regreso. Pero el incidente aún continuaba manteniendo consternado a Pestage, cuyo buen nombre había quedado mancillado. El clon de Pestage había sido elaborado sin que tuviera conocimiento de la supervivencia del Emperador, de tal manera que se había comportado de una forma que podríamos afirmar, era en su mayoría desleal a Palpatine y al Imperio. Y ahora, Isard detentaba todo el poder que siempre había ansiado, un poder que no se merecía en absoluto.

Palpatine le sonrió comprensivamente a su acompañante, pareciendo leer sus pensamientos.

—No deberías estar preocupado con respecto a quién es el que gobierna en el Centro del Imperio. Como ya te lo he dicho antes, este caos era algo que podría ser esperable. Mientras yo gobernaba, le otorgué poder a gente ambiciosa e inescrupulosa. Pero ellos me temían, y ¡con evidente razón! No intentaron apoderarse de más de lo que les había sido concedido. En el momento actual, sólo se trata de que sus tendencias naturales, están quedando al descubierto. Dejemos que mantengan sus pequeñas disputas, mi amigo. Eso los mantendrá ocupados mientras yo alisto mis fuerzas. Cuando yo emerja con los Devastadores de Mundos, y con el *Eclipse*, nada de lo

que los Señores de la Guerra o los rebeldes hayan hecho, tendrá la menor importancia. Los territorios específicos de cada quien, apenas si tendrán relevancia. Yo voy a aplastar el espíritu de la galaxia.

La mirada de Palpatine se hizo introvertida, quizás mientras empezaba a vislumbrar el conflicto que estaba por llegar. Pestage continuó comiendo en silencio por algunos minutos, y luego, con un dedo esquelético, se decidió a interrumpir la introspección de su Amo.

—Hay otros actores en el juego que deberían ser tomados en cuenta, Amo. Por ejemplo, está el Gran Almirante Thrawn.

—Así es —le respondió Palpatine, haciendo descansar su mentón sobre una de sus manos—. Thrawn todavía se encuentra en el Espacio Salvaje, pero se supone que deba regresar en unos tres años. Yo preferiría que él no se involucrara en una lucha sin sentido en contra de los rebeldes, pero conociendo a Thrawn, eso es precisamente lo que él pensará en hacer. Cuando yo me encuentre preparado, él podría ser un comandante extraordinario para mis fuerzas. Si llega a regresar, y si sobrevive, ya discutiremos ese punto. Yo no pienso revelar mi juego, hasta que llegue el momento adecuado.

—¿El momento adecuado? —le preguntó Pestage.

—Eso dependerá de la recuperación de mi poder, y también de Luke Skywalker —le explicó Palpatine—. Esta vez, no debe haber sorpresas. Pero mientras tanto, no tenemos motivos para preocuparnos. He seguido el progreso de aquel joven Jedi. Sus poderes no se han incrementado en gran medida, y su hermana permanece estando sin recibir entrenamiento. Ningún nuevo Jedi ha logrado ser entrenado. Skywalker se encontrará con que le resulta muy difícil el adquirir nuevos poderes. El conocimiento de los Jedi fue barrido de la galaxia, durante la Gran Purga. Él no puede abrigar ninguna esperanza de llegar a ser un Maestro.

—Eso es cierto, a menos que usted decida entrenarlo…

Pestage aprovechaba cada oportunidad que tenía, para insistir en su idea. Luke Skywalker le preocupaba a Sate Pestage. Muy en sus adentros, Pestage sentía de manera muy certera que, de alguna manera, el joven llegaría a adquirir el poder necesario para constituirse en una amenaza en el futuro. Estaba determinado a no volver a perder a su amado Amo una vez más, así que intentaba

convencer a Palpatine de que debía considerar una alianza con Skywalker, en lugar de proyectar su destrucción.

Palpatine dejó escapar un sonido evasivo.

—¿Y crear otro Vader, quizás?

Pestage no tenía una respuesta frente a semejante aseveración.

Continuaron comiendo en silencio. Finalmente, el comlink de la mesa empezó a chirriar. Palpatine oprimió una tecla, después de inclinarse hacia el mismo. La voz de Savuud Thimram emergió del pequeño altavoz.

—Maestro, el *Eclipse* ha arribado, y en este momento, se encuentra en órbita alrededor de Byss.

Palpatine y Pestage se miraron el uno al otro. Ambos sabían lo que eso significaba. Pestage sintió una punzada de ansiedad.

—Gracias, Savuud. Ten lista mi lanzadera. Estaré allí dentro de poco.

Ambos se pusieron de pie.

—Continuaremos con nuestra discusión… en otro momento. Hasta entonces, Viejo Amigo.

—Hasta entonces, Amo —le aseguró Pestage, haciendo una profunda reverencia, antes de que Palpatine empezara a retirarse.

Se trataba de un profundo hábito que no había logrado desterrar. Palpatine salió de la habitación dando grandes zancadas, dejando a Pestage contemplando el vacío pasadizo por un largo momento.

—Que la Fuerza te acompañe, Espaa. Y sé cuidadoso. Los riesgos a los que te enfrentas para volver a adquirir tu poder, son muchos, así como la grandeza que te mereces. Vas a lograr tener éxito. Lo harás, porque es necesario que lo hagas.

CAPÍTULO III

> «Las nuevas tecnologías de destrucción, son una herramienta extremadamente útil para alcanzar los propósitos del Lado Oscuro. Los Destructores Estelares, y las Estrellas de la Muerte, han sido vistos por algunos, como herramientas de conquista política. Ellos han perdido por completo la noción de lo que representan. Mi visión para la galaxia, siempre ha sido el llenar sus incontables mundos, con las emociones que sirven al Lado Oscuro. Si una civilización es exterminada con las armas de un Destructor Estelar, puede terminar siendo aniquilada para siempre, pero también puede ser un ejemplo para que las demás sientan el miedo ante semejante destrucción; entonces el verdadero poder de la galaxia, no hará más que acrecentarse de manera más fuerte que nunca».
>
> *—Extracto del Libro de la Ira.*

A solas en su lanzadera privada, Palpatine se elevó pasando por las lunas de Byss, hasta llegar a contemplar los cielos repletos de estrellas del Núcleo Interior. Pudo percibir la energía de las estrellas como si fuera una cálida brisa, enlazada con la distante frigidez del gran agujero negro en el centro de la galaxia. Por un largo momento, simplemente se dedicó a contemplar la galaxia, como solía hacer cuando todavía era el Emperador. El gobernar sobre cada una de aquellas estrellas… era un pensamiento seductor.

Y entonces se percató de una presencia que estaba aproximándose, un ente poseedor de una vasta energía, algo amenazante. Delante de él, la profusión de estrellas quedaba borrada por una negra silueta que lentamente iba expandiéndose. La nave era majestuosa. Engullía la luz, e irradiaba oscuridad. El *Eclipse* era de dos veces el tamaño del perdido *Executor*. Desde su impresionante puente, hasta el gigantesco plano triangular de su casco superior, había sido hecho de una aleación súper-densa de material del color del ébano. En vez de terminar en punta, el casco se curvaba hacia abajo hasta finalizar en una enorme columna

frontal que mostraba una boca de disparo de forma rectangular. Aquel brillo siniestro, era el portal de fuego del arma que hacía necesarias las enormes dimensiones del *Eclipse*, un súper-láser capaz de destruir todo un planeta, a pesar de que sus escudos planetarios estuvieran funcionando al tope de sus capacidades.

La nave todavía no había sido terminada. Había estado en construcción a lo largo de varios años, incluso desde el tiempo en que la Batalla de Hoth, había sugerido la necesidad de combinar un Destructor Estelar, con el arma principal de una Estrella de la Muerte. Incluso después de lo de Endor, muchos de los oficiales imperiales se habían pronunciado en contra de que continuara su increíblemente costosa realización. Sin embargo, los adeptos del Lado Oscuro de Palpatine, se habían encargado de continuar con todo eso.

El súper-láser axial había sido completado, al igual que los hiper-impulsores. Todavía faltaban los cazas, los proyectores de gravedad, los rayos tractores, los turbo-láseres, y los cañones iónicos. Pero Palpatine tenía la intención de sumir de inmediato a la nave en medio de una prueba. Ésa era la forma en que Palpatine pretendía reclamar su antiguo poderío. Con dicha nave, él pretendía aprovechar todo el poder del Lado Oscuro.

Años atrás, cuando la primera Estrella de la Muerte había destruido el planeta rebelde de Alderaan, Palpatine había descubierto, para su incrédula sorpresa, que el suceso había fortalecido enormemente el Lado Oscuro de la Fuerza, al tiempo que debilitaba el Lado Luminoso. La aterrorizante muerte de todo un mundo lleno de criaturas vivientes, había lanzado a través de su cuerpo, una oleada de poder más intensa de lo que probablemente él jamás pudiese contener. Sus planes para tomar ventaja de dicho acontecimiento, se habían visto severamente perturbados debido a la interferencia de Obi-Wan Kenobi y su joven aprendiz, Luke Skywalker. Pero nunca había perdido las intenciones de realizarlo una vez más, y ahora, Palpatine tenía la capacidad para hacerlo realidad.

Esta vez, él no se volvería uno completamente con el Lado Oscuro de la Fuerza, a fin de que semejante poder no pudiera abrumarlo, o incluso matarlo. En lugar de ello, entraría en un estado de meditación, con el objetivo de acoger una parte más

pequeña de todo aquel poder. La próxima vez, sería capaz de albergar una parte mayor. Y así, de esta manera, planeta a planeta, pretendía volverse una vez más, el Amo del Lado Oscuro.

Y aunque la destrucción de diferentes mundos podría ser percibida por aquellos seres sensibles al Lado Luminoso de la Fuerza, la distancia y las energías del Núcleo Interior, podrían ser suficientes para enmascarar completamente aquellas pérdidas. Skywalker no llegaría a sospechar nada. Por supuesto, era algo peligroso que Palpatine tuviera que encarar semejante necesidad de poder. Skywalker lo había llevado a buscar refugio dentro de la mente de Mara Jade, con el fin de lograr sobrevivir; el pequeño nodo cerebral de sensibilidad a la Fuerza de la mujer, no había sido capaz de contener toda la energía completa de Palpatine. Él se había visto forzado a abandonar la mayoría de ella, con el fin de retener lo más básico de su ser. Y aunque su clon era capaz de albergar un gran poder, cuando había ingresado en él, se encontraba tan débil como lo había sido hacía décadas atrás. A menos que lograse encontrar una solución radical, tendría que enfrentar un nuevo ascenso hacia el poder, como el que había tenido encarar también hacía varias décadas.

Palpatine mantenía la esperanza de que esto fuese aquella solución radical. Su lanzadera se unió a un pequeño convoy de naves que transportaban tripulantes y abastecimientos para el viaje. Muy prontamente, todas ellas se perdieron contra la impresionante silueta de la nave estelar que incluso, eclipsaba las estrellas.

La lanzadera atracó en una bahía de embarque tan grande, que sería suficiente como para albergar a todo un Destructor Estelar de clase Victoria. Inmediatamente sintió cómo el aura oscura de la nave, empezaba a rodearlo por completo. La tripulación de la nave, estaba compuesta por una gran cantidad de adeptos del Lado Oscuro, y en todos los rincones de su inmenso volumen, podía ser escuchado el susurrante aliento del Lado Oscuro. Se trataba de un espacio del tamaño de un mundo, que permanecía estando libre de toda luminosidad, repleto de ira.

De inmediato, Palpatine se sintió como si estuviera en casa.

Urn Zelotes se relajó en su torre de Velarium, la ciudad de los

adeptos, proyectando uno de sus segmentos favoritos del Libro de la Ira, de Palpatine. Zelotes era un alto thaarniano[2] aflautado, con manos provistas de garras de cuatro dedos, con piel similar a la de los lagartos, y una cabeza en forma de cuña, con ojos ampliamente separados. Zelotes tenía el desconcertante hábito de observar a los demás con un lechoso ojo de color blanco, mientras dejaba el otro entrecerrado, como si sospechara de algo. Haciendo sonar ligeramente sus atávicas pulseras, Zelotes levantó una garra para colocarla contra su puntiagudo mentón, y sonrió sombríamente. El momento culminante de su existencia, estaba aproximándose; la completa realización de todos sus planes.

Ante Zelotes resplandeció un holograma de tamaño completo de Palpatine, hablando de esa forma tan arrogante y pedante que era característica de su persona. El Libro de la Ira era una grabación inacabada de las enseñanzas que Palpatine había compartido con todos sus adeptos. Palpatine había tenido que admitir que no era capaz de crear su propio Holocrón, así que este medio de grabación, era su única opción similar para evitar que se perdieran todas sus enseñanzas. A diferencia de un Holocrón, el Libro de la Ira no era un dispositivo interactivo. No podía hacérsele preguntas; no podían obtenerse respuestas. Simplemente hablaba de una manera monótona, una y otra vez. Zelotes hubiera deseado poder sostener una conversación con la imagen proyectada. Deseaba presentarle sus argumentos, acusarla, castigarla, y contarle la forma en que deseaba matarla para siempre.

Lo mejor que podía hacer, era congelar la imagen periódicamente, y ventilar sus recriminaciones frente a ella.

—El universo está repleto de poder —estaba diciendo Palpatine —. Para liberarlo, se deben explotar las emociones del odio, de la ira, del miedo, y de la agresión. Libera tu propia ira, y la ira del infinito será liberada. Por sí mismo, el Lado Oscuro es una suma de caos e irracionalidad. No tiene control, no tiene conciencia, no tiene restricciones. Pero la dominación es su objetivo. Se debe llegar a hacer un trato con él. Él te otorgará su poder, y a la vez, te exigirá su precio. A fin de permitir que el poder fluya a través tuyo, debes permitir que las emociones destructivas fluyan a través de ti. Pero eso no es todo. Aquellos que no pueden controlar sus emociones, se encuentran en un grave peligro. Sólo con una voluntad poderosa,

podrás controlar tu rabia, y hacer que el poder sea tu sirviente. Cuando la ira es controlada de manera inteligente, no hay nada que no puedas llegar a hacer.

Zelotes detuvo la grabación.

—¡Nada que no puedas llegar a hacer! Pero tú nunca llegaste a compartir tus secretos más poderosos con nosotros, ¿no es verdad? Nos has mantenidos subyugados a tu persona, siempre por debajo de ti. Ahora, eres tú quien se ha quedado relegado. Tan bajo, que inclusive podríamos pasar por encima tuyo.

Volvió a activar la grabación.

—A través de toda la historia, los seguidores del Lado Oscuro, nunca han estado organizados de la manera en que lo estaban los Jedi. Yo he logrado cambiar ese paradigma. Estoy creando un compendio de conocimientos, y estoy reclutando estudiantes. Los Jedi han sido destruidos, y yo me encargaré de reemplazarlos con una orden estable de Jedi Oscuros. Yo voy a reemplazar a los Moffs y a los Grandes Moffs, a los capitanes, a los generales y almirantes, a los gobernadores y a los presidentes, a todos, con seguidores del Lado Oscuro. El Imperio es tan sólo un primer paso hacia el nacimiento de un Imperio Oscuro. Todos los que me sigan, asumirán posiciones de poder en esta Orden. El Lado Luminoso de la Fuerza, será olvidado por completo…

Zelotes congeló la imagen, mientras se revolvía en su rabia. Se inclinó de manera muy cercana a la resplandeciente cara de Palpatine, y dejó escapar su odio y su frustración frente a ella.

—Promesas, promesas, Maestro. ¿Dónde está tu Imperio Oscuro en este momento? Tú nos convocaste, prometiste enseñarnos, y dejar que asumiéramos posiciones de poder. ¿Y qué fue lo que hiciste? ¡Permitiste que tu Imperio sucumbiera! Fuiste indulgente con tu obsesión hacia el último de los Jedi, permitiendo que te destruyera. ¡No estás en posición de otorgarme lo que dijiste que sería mío, ni siquiera de recuperar lo que alguna vez fue tuyo, pero aún continúas haciendo promesas! ¡Tú nos convocaste, pero no para enseñarnos, sino para añadir nuestro conocimiento al tuyo! Ahora es el momento de que pagues lo que nos debes, y ya que nos has fallado, y no puedes entregarnos los mundos sobre los que deberíamos regir, nos cobraremos con tu propia vida. En tus propias palabras, has establecido lo que debe hacerse: traición y muerte.

Nos has traicionado, y mereces morir.

Palpatine empezó a hablar una vez más.

—… y el Lado Oscuro dominará para siempre. El Imperio en sí mismo, es una excelente herramienta para pavimentar el camino hacia esta transformación. Es capaz de producir las emociones que fortalecen el Lado Oscuro, en cada uno de sus movimientos. Impone amenazas a la supervivencia, como la esclavitud y el aprisionamiento. Produce la pérdida de la cultura, del gobierno, de los derechos, y de la identidad. Siempre está presente el susurro constante de la atrocidad y de la injusticia. El populacho de la galaxia está rebosante de temor… En donde los adeptos se han reunido en el pasado, ha habido batallas, traiciones, y muerte. Ellos desconfían el uno del otro, y esto los conduce a luchar entre ellos por la supremacía. Pero en el Imperio Oscuro, entre los seguidores del Lado Oscuro, debe existir una cooperación básica. La traición es capaz de provocar un explosivo estallido de ira, pero la Orden Final no puede permitirse tolerarlo…

Zelotes congeló la imagen una última vez.

—¡Maestro de la hipocresía! Hablas de una orden estable, confiable, de Jedi Oscuros, pero tú nunca has confiado en nadie, y en tanto permaneciste en una posición por encima de los demás, alentaste a quienes traicionaban a los otros. Pero si ellos llegaban a traicionarte a ti… Ahora te sentirás traicionado por última vez. Vas a sentir el desprecio, la humillación, y luego, vas a ser asesinado.

Zelotes hizo que el antiguo Emperador se desvaneciera, y luego, se dirigió hacia la ventana. En el horizonte, a varios kilómetros de distancia pero todavía visible, la Ciudadela Imperial desgarraba los cielos. El traidor había abandonado aquel enorme capitel, y se había marchado a su nueva nave de guerra. Incluso en aquel mismo momento, los aliados de Zelotes ya se encontraban a bordo de la nave junto con Palpatine, esperando el momento de impartir justicia. Los otros adeptos habían asumido la tarea de asesinar a Palpatine sin dar aviso a nadie. Zelotes mismo tendría que afrontar la misión más peligrosa: debía impedir que el traidor pudiera regresar a la vida. Debía infiltrarse en el lugar más celosamente resguardado de todo el planeta: el laboratorio de clonación de Palpatine.

CAPÍTULO IV

> «La traición es capaz de provocar un explosivo estallido de ira, pero la Orden Final no puede permitirse tolerarlo, ni tampoco sus consecuencias. Cuando se haya cristalizado el Imperio Oscuro, los seguidores del Lado Oscuro compartirán mi poder de ser capaces de observarse el uno al otro. La traición ya no continuará siendo algo práctico. Sólo con esta cooperación básica, la Orden de los Jedi Oscuros, puede tentar realizar su siguiente tarea, la conquista de toda la galaxia, y luego, en un distante futuro, la de otras galaxias…».
>
> —*Extracto del Libro de la Ira.*

Rollo Mon andaba arrastrando los pies a través de los salones de la Ciudadela Imperial. Acababa de finalizar su recorrido programado de verificación de los clones de Palpatine junto con Sate Pestage, y como era usual, sus pensamientos estaban completamente enfocados en la biotecnología. Ni siquiera se dio cuenta, cuando entró en sus habitaciones, que la iluminación era más mortecina que lo normal. Por ello, no logró distinguir la voluminosa forma que permanecía de pie en la esquina más alejada de su cuarto. Empezó a examinar cuidadosamente una hilera de archivos que estaban sobre su escritorio, y se sobresaltó en gran medida, cuando escuchó a alguien aclarando su garganta de manera notoria.

Se dio la vuelta, dejando regados sus papeles por todos lados, sólo para encontrarse con que uno de los adeptos del Emperador, se encontraba descansando cómodamente sobre su sillón favorito.

—¡AAH! ¡No te atrevas a hacer eso! —exclamó—. No debes asustar a la gente de esa manera. ¿Cómo hiciste para entrar aquí? Aguarda, ¿acaso no te conozco? ¿No eres el *Magian*… exiliado de Thaarn? El Adepto Zemekkis, ¿no es verdad?

—Zelotes, Condestable. Lamento haberlo asustado. Pero ya lo ve, tengo necesidad de vuestra ayuda —Zelotes se puso de pie—. Necesito ingresar en el laboratorio de clonación más resguardado, y para ello, necesito que me ayude proporcionándome los códigos de acceso que obran en su poder.

Las manos del adepto se entrecruzaron extrañamente, mientras su rostro adoptaba una mirada concentrada. Todavía le resultaba extraño el emplear la Fuerza sin tener a la mano sus antiguos talismanes.

Rollo Mon dio un paso hacia atrás.

—Lo lamento, Adepto Zelotes, no puedo compartir ese tipo de información. El Emperador lo tiene prohibido. Nadie más puede ingresar en esos laboratorios, especialmente cuando él se encuentra de viaje. Yo… yo no puedo ayudarte.

El intruso se interpuso en su camino de retirada, de manera abrupta.

—Sí, Condestable, tu lealtad es digna de elogio, pero el Emperador necesita que yo ingrese al laboratorio. Antes de partir, me dejó unas órdenes especiales. Él desea que se pruebe una solución experimental sobre sus clones, y me dijo que usted me ayudaría a hacerlo. Me dijo que viniera a verlo. Usted es la única persona que puede ayudarme a cumplir sus deseos.

Rollo Mon repitió lentamente:

—Soy la única persona que puede ayudarte… ¿Deseas ir hacia allá, precisamente en este mismo momento?

—No Condestable. Primero, necesitamos esperar por un poco más de protección. La solución es muy valiosa, y también es muy rara —Zelotes levantó un cilindro transparente que contenía un líquido de color amarillo—. Tengo órdenes estrictas de evitar que pueda ser robado por sus enemigos. Él piensa que algunos de sus adeptos podrían estar complotando en contra suya, pero desconoce sus identidades. Por nosotros mismos, quizás usted y yo podríamos no ser capaces de rechazar un ataque a traición. Así que me he visto forzado a traer a mi Centinela.

Zelotes hizo un gesto, y el gigante dio un paso para apartarse de la esquina. Se trataba de un titán silente, portador de un brazo del tamaño de una lanza. Su cuerpo permanecía oculto bajo muchas capas de ropaje, y su ensombrecido casco ocultaba todo su rostro, salvo dos rojizos ojos centelleantes. Los Centinelas eran criaturas clonadas, ligadas a sus adeptos, y completamente dependientes de ellos con respecto a sus propósitos. Podían compartir sus percepciones con sus adeptos, y eran guerreros de temer. Palpatine tenía en su poder a varios cientos, pero a los adeptos menores, sólo

se les permitía tener uno. Zelotes había traído al suyo propio, y sus diez aliados habían contribuido también con los que les pertenecían. Once Centinelas deberían ser suficientes

—Tenemos que aguardar el arribo de diez Centinelas más, Condestable. Su Majestad me ha informado que varios uniformes de los Sovereign Protectors[3], han sido robados. Podríamos llegar a caer en medio de enemigos que luciesen como si fueran nuestros aliados. Debemos tener algo de paciencia.

Rollo Mon se sentía completamente abrumado. Su indefenso cerebro se había rendido rápidamente frente a la manipulación mental de Zelotes, y se sentía atrapado en medio de la intriga que le estaba siendo revelada.

—¿Realmente crees que tendrá lugar un combate? ¿Aquí? Eso es increíble… Bueno, puedes contar conmigo. Pero, ahh, existe una pequeña complicación. Usualmente, el Emperador ingresa a los laboratorios más íntimos junto conmigo. Ahora que él no se encuentra, le ha confiado su porción del código de acceso al Gran Visir. Acabamos de estar allí hace un momento. No estoy muy seguro de a dónde se dirigió posteriormente, pero probablemente podamos encontrarlo. ¿De cuánto tiempo disponemos?

Rollo Mon contempló a Urn Zelotes con consternación. El adepto había empezado a maldecir en voz muy alta.

Rollo Mon observaba curiosamente, mientras que el Adepto Zelotes paseaba nerviosamente de ida y de vuelta a través de la habitación. De pie, en una posición rígida a espaldas del agitado alienígena, se encontraban once Centinelas de talla imponente. Ellos hacían que el Condestable se sintiera incómodo; siempre habían provocado el mismo efecto en su persona. Incluso con su ornamento cefálico de casi un metro de longitud, el pequeño científico sólo llegaba hasta el pecho de los Centinelas. Y allí se encontraban congregados varios de ellos. La situación se sentía como parte de algo sarcástico.

Se produjo un delicado golpe sobre la puerta, y la agitación de Zelotes no hizo más que redoblarse.

—Conteste. Si se trata de Sate Pestage, permítale pasar, pero no le revele que yo estoy aquí.

Rollo Mon asintió, complacido de ver algo de acción después de

tanta espera. Se apresuró a dirigirse hacia el recibidor, y abrió la puerta sólo para contemplar al envejecido Gran Visir, mirándolo de manera tensa.

—No había necesidad de semejante tensión —pensó—. Una vez que el Gran Visir viese lo bien que estaban siendo conducidas las cosas en manos del Adepto Zelotes, volvería a sentirse confortado.

—Condestable, he venido, tal como usted lo pidió. Ahora dígame, qué es lo que sabe acerca de esa amenaza para el Emperador. ¿Qué es lo que ha logrado descubrir?

Rollo Mon le hizo una señal a Sate Pestage para que pasara al recibidor.

—No aquí afuera —susurró, y se apresuró a ingresar en la habitación principal.

Pestage lo siguió.

Zelotes tuvo que poner a prueba toda su determinación, en cuanto el Gran Visir hizo su aparición. Este nuevo e inesperado desarrollo de los acontecimientos, había incrementado grandemente la dificultad de su tarea. Ahora tendría que controlar dos mentes en lugar de una, así como coordinar las acciones de los once Centinelas presentes. Los laboratorios se encontraban a unos diez minutos de distancia. Todo esto prometía ser una prueba bastante complicada de realizar.

Pestage vio en primer lugar a los Centinelas congregados, y una expresión de sorprendida suspicacia empezó a anidar en su rostro. Zelotes aplicó una fuerza coercitiva instantánea, tanto sobre el cerebro de Rollo Mon, como sobre el de Pestage. El tiempo para el lavado de cerebro, había terminado. Vio como los ojos de Pestage se llenaban de rabia frente a su inesperado cautiverio, pero el Visir ya no era capaz de mover ni siquiera un músculo.

—Bienvenido, Gran Visir Pestage —declaró Zelotes—. Ha llegado justo a tiempo para ayudarme a destruir a su Amo, de una vez y para siempre.

El adepto forzó a Rollo Mon y a Sate Pestage, a permanecer uno al lado del otro. Abrió la puerta, y envió a su propio Centinela hacia adelante, como vanguardia. Un único Centinela no alarmaría de inmediato a los Sovereign Protectors; su presencia podría ser considerada como parte del quehacer cotidiano de alguno de los adeptos. Su Centinela, además, también le proporcionaría imágenes

visuales de lo que estaba sucediendo alrededor de la siguiente esquina con antelación. Zelotes había planificado cuidadosamente su ruta de avance, pero un encuentro imprevisto con los soldados, podría terminar por arruinarlo todo. Estableció un vínculo mental con la monstruosidad, y en cuestión de segundos, pudo ver lo que aparecía frente a los ojos de su Centinela. Como solía ser usual, el sentido de altitud era algo que lo desorientaba. Con sus dos prisioneros al lado suyo, y rodeado por los otros Centinelas, Zelotes salió detrás de su mudo esclavo.

Muy pronto el gigante llegó hasta el límite de las primeras cámaras de seguridad, y tal como estaba planeado, un pequeño dispositivo que llevaba, emitió una pequeña descarga de energía. La cámara tan sólo registraría estática por un minuto, el tiempo suficiente para que Zelotes pasara rápidamente. No deseaba que quedara registrada ninguna imagen clara de su persona, en caso de que tuviera que retirarse sin haber logrado cumplir con su cometido. Durante los dos siguientes minutos, la ruta probó ser una excelente elección. Luego, inesperadamente, se encontraron con una patrulla de soldados de asalto. Los Centinelas tomaron a los soldados de asalto por sorpresa, desgarrándolos y arrancando sus partes, miembro por miembro. Zelotes no tenía necesidad de dirigir sus movimientos en combate. Habían sido programados para aquella despiadada violencia.

Finalizado el incidente, el adepto Zelotes tuvo que colocar a un nuevo Centinela en la posición de vanguardia, ya que el suyo propio estaba cubierto de sangre. Pero no estaba acostumbrado a la mente individual de aquel nuevo gigante, y tuvo algunos inconvenientes para enlazar su visión con la de él. Como resultado de ello, el Centinela marchó directamente a través de la siguiente intersección, sin revelarle a Zelotes la aparición del Sovereign Protector que permanecía de pie en el corredor lateral. Sin embargo, el guerrero de élite, había podido percatarse de la fuerte presencia de Zelotes. Había sido entrenado en el empleo del Lado Oscuro de la Fuerza, y la coerción que estaba siendo ejercida sobre los prisioneros, era como un faro atrayendo su atención en medio de la noche. El Protector había sido enviado allí para investigar la falta de reportes del escuadrón de soldados de asalto, y se encontraba completamente en estado de alerta.

Zelotes y sus prisioneros aparecieron frente a sus ojos, y en ese mismo momento, el Protector ya se encontraba en movimiento, ladrando una orden entrecortada a través de su comlink, pidiendo refuerzos. En una de sus manos, portaba un prototipo de bláster, y en la otra, una exótica Pica de Fuerza.

El adepto se puso pálido al descubrir la chocante sorpresa, y perdió su control sobre Rollo Mon y Sate Pestage. Pero en lugar de huir, ambos hombres empezaron a sacudirse y a agarrarse las cabezas, incapaces de recuperarse. El primer disparo del Protector destrozó la cabeza del centinela que iba a la vanguardia, con una inusitada violencia. A medida que los otros iban aproximándosele, el soldado se deslizó hacia el suelo, y se lanzó por debajo del alcance del gigante que estaba más cerca con una destreza impresionante, clavando su Pica de Fuerza en medio de sus órganos vitales. Chispeando y en medio de un estremecimiento, el arma penetró la armadura ligera del gigante. Pero aun cuando las descargas estaban atravesando su descomunal sistema nervioso, el Centinela se forzó a sí mismo a ir hacia adelante. Abriéndose paso, la Pica de Fuerza chamuscó su espalda desde adentro, al mismo tiempo que el Centinela lanzaba un descomunal manotazo que terminó por quebrar el cuello del Protector.

Zelotes recuperó el dominio de sí mismo. Dos de los Centinelas se hicieron cargo de los prisioneros, y los intrusos dejaron atrás al agonizante Centinela, el cual permanecía sujeto por medio de un horripilante abrazo, con el cadáver del Protector.

Pestage y Rollo Mon, ahora completamente conscientes, estaban aterrorizados y a la vez, furiosos.

Los minutos se hacían cada vez más cortos, a medida que se acercaban más que nunca, al objetivo de Zelotes. Una descarga súbita de disparos de bláster anunció el arribo de los Sovereign Protectors que llegaban como refuerzo. Zelotes se dio vuelta y bloqueó algunos de los disparos con sus manos, desesperado por mantener con vida a sus prisioneros. Varios de los Centinelas fueron abatidos, cayendo con unos humeantes agujeros boqueantes en medio de sus espaldas. Zelotes envió al resto en dirección hacia los Protectores, quedándose sólo con los dos que mantenían retenidos a Pestage y Rollo Mon. Y entonces, se lanzó a la carrera hacia los laboratorios de clonación.

El encuentro de las dos fuerzas de combate, desencadenó un estruendoso estallido que enmascaró la huida del adepto. Los Protectores eran los soldados de élite de mayor nivel entre los contingentes del Imperio, escogidos entre la Guardia Real por su dominio, por su fortaleza, su destreza y su inteligencia. A partir de esas cualidades innatas, la Fuerza potenciaba sus percepciones, y aceleraba sus reacciones. Los Centinelas eran mucho más fuertes, pero dependían de la voluntad de los adeptos a los que pertenecían. En el momento en que Zelotes huyó, quedaron condenados al fracaso.

Dirigidos por las sorprendentes habilidades de los Protectores, algunos cuantos vibro-cuchillos y blásters pesados, sentenciaron el destino de la avanzada de Zelotes. El combate llegó a un abrupto final, cuando el comandante de los Protectores, se adelantó con un rifle de energía Prax[4], y disparó algunas cuantas micro-granadas a los cascos de los tres últimos Centinelas que permanecían en pie. Se produjo un retumbo impresionante, y diversos fragmentos de las pesadas vestimentas de los gigantes, salieron despedidas por el aire en medio de las llamas, mientras las decapitadas figuras de sus dueños, se desplomaban pesadamente sobre el suelo.

Zelotes logró percibir la pérdida de sus Centinelas por medio de la Fuerza. En medio de su desesperación, experimentó un momento de terror genuino, mientras el corredor se transformaba en un callejón sin salida, y comprendía lo que los Sovereign Protectors terminarían haciéndole a él. En ese momento, se dio cuenta de que finalmente había llegado hasta los laboratorios de clonación. Ante él se encontraba una pesada puerta a prueba de detonaciones, con un complejo panel de control en uno de sus lados. Zelotes se despojó del pánico que lo embargaba, y volvió a reafirmar su control mental sobre Rollo Mon y Sate Pestage.

—Ábranla —les gruñó.

Ambos se precipitaron hacia adelante, trastabillando para obedecer lo que se les estaba pidiendo. Ingresaron sus códigos, y algunos momentos después, Zelotes experimentó un inmenso alivio, al contemplar que la pesada puerta, siseaba hasta quedar abierta delante de él.

—Deshabiliten todos los sistemas de seguridad del laboratorio —les ordenó a continuación.

Una tentativa para detener al adepto, atravesó los pensamientos de Pestage. Zelotes se dio cuenta de ello, y castigó al Visir con una enfadada constricción de su arrugada garganta. Asfixiándose, Pestage cayó sobre sus temblorosas rodillas.

—No me desafíes, o morirás. Es así de simple —Zelotes señaló la consola—. Uno de ustedes, apáguenlo todo, y borren cualquier registro de las cámaras, de aquí en adelante. Y no se atrevan a intentar ninguna otra cosa más.

Rollo Mon se escurrió hacia los controles, y desactivó el sistema, pero Pestage parecía incapaz de volver a ponerse de pie. Estaba débil, y se estaba poniendo más frágil, pero a Zelotes aquello pareció no importarle demasiado. Extrajo uno de los cilindros de líquido amarillento, y se lo entregó a Rollo Mon.

—Colóquelo en los Cilindros Spaarti[5].

Rollo Mon pensó en dejar caer el cilindro al piso, pero su pensamiento fue detectado a tiempo. Sus manos ya no le obedecían; en lugar de ello, levantaron el contenedor hacia las líneas de alimentación de nutrientes. Observó con horror impotente, mientras el veneno fluía para alcanzar a todos y cada uno de los clones. Todo su trabajo estaba siendo destruido. Él hubiera preferido morir antes que observar todo aquello, pero no podía hacer nada más en ese momento, que quedarse contemplando aquella iniquidad. Algunos de los clones se retorcieron violentamente, pero todavía permanecieron algunos momentos con vida. Las formas más jóvenes no reaccionaron en absoluto. Uno a uno, los tanques empezaron a emitir ensordecedoras señales de alarma, a medida que los organismos que se encontraban en su interior, iban muriendo uno a uno.

Bajo las órdenes de Zelotes, Rollo Mon también desactivó las alarmas. Cuando la última alarma fue silenciada, los únicos sonidos que llegaban a escucharse, eran los jadeos de Sate Pestage, el gimoteo de Rollo Mon, y el golpe sordo del primer intento de los Sovereign Protectors al tratar de abrirse paso a través de la pesada puerta. Zelotes no se veía preocupado en absoluto. Todavía les tomaría un buen rato el poder lograrlo.

Empezó a estremecerse, mientras una embriagante sensación de victoria atravesaba todo su cuerpo. ¡Había logrado sobrevivir, y había logrado vencer! Los clones del traidor estaban destruidos, y

todo había sido llevado a cabo justo a tiempo. En cualquier momento, a partir de ahora, el traidor mismo sería destruido, y a Zelotes le llegaría el mensaje del triunfo final a través de la terminal de la HoloNet que se encontraba en la habitación. Forzó a Rollo Mon a arrodillarse junto a Sate Pestage, y se decidió a esperar.

CAPÍTULO V

> «Cuando la rabia conduce directamente a los resultados esperados, empieza a experimentarse una sensación de omnipotencia de la rabia liberada. Vader podía sentir aquella sensación de poder, pero él y yo no la empleábamos de la misma manera. En verdad, yo he aprendido a controlar mi ira, mientras que Vader sólo lograba controlarla parcialmente. Como un ser frenético, él siempre explotaba de rabia, pero a mí podría considerárseme como un horno. Mi rabia arde en lo profundo de mi persona, contenida y reconcentrada. Por esta razón, la mayor fortaleza siempre ha sido mía. Muchos de mis enemigos han sido engañados por mi aparente carencia de defensas. Pero la rabia, enfocada interiormente, y bien controlada, es un arma devastadora que puede ser empleada en cualquier momento, y sin previo aviso».
>
> —*Extracto del Libro de la Ira.*

De pie sobre el puente del *Eclipse*, el Almirante Dal reflexionaba acerca de que su carrera, ciertamente, había tenido sus altas y sus bajas mientras se encontraba al servicio del Emperador Palpatine. La primera vez que Dal había logrado llamar la atención del Emperador, había sido en los primeros días del Imperio, debido a la participación que tuvo en la masacre que finalizó con la amenaza de los zingali[6]. Había ascendido rápidamente en la escala de rangos, habiéndose convertido en Almirante casi aproximadamente para el momento de la Batalla de Endor.

Podía recordar vívidamente aquel día. Su Destructor Estelar había sido parte de una enorme flota, la cual había atrapado a los rebeldes entre ella, y la inacabada Estrella de la Muerte. Evidentemente, la orden de un lunático había sido dada a la Flota Rebelde, ya que las fragatas rebeldes y los cruceros Mon Cal, habían volado directamente hacia las superiores naves imperiales, y habían abierto fuego apenas se encontraron en su rango de disparo. Eso

quebrantaba todas las reglas del combate entre naves capitales, y había constituido una experiencia horripilante.

Por encima de todo, Dal recordaba las explosiones de los Destructores Estelares. Aquellas naves del tamaño de ciudades, casi estaban pegadas a los cruceros rebeldes, y el diminuto espacio que había entre ellos, era como una especie de lazo de encaje formado por los disparos de los turbo-láseres. Hileras paralelas de disparos florecían a lo largo del casco de las antagónicas naves, al tiempo que los escudos deflectores empezaban a derrumbarse, y el odio reprimido producto de años de conflicto, empezaba a expresarse de manera salvaje y descontrolada. Un agonizante crucero Mon Cal, había empezado a dirigirse de manera directa hacia el puente del Almirante Dal, pero otro Destructor Estelar, girando fuera de control, lo golpeó primero. La colisión casi había arrastrado a la nave de Dal junto con ellos. A oscuras, e incapacitada, habían navegado a la deriva lejos de la batalla. Un instante después, la oscuridad del puente había sido iluminada por la distante aniquilación de la segunda Estrella de la Muerte. Dal, junto con su tripulación sobreviviente, se habían unido a otra nave, y habían logrado escapar de la acción de repase de los rebeldes.

Por cerca de un año, él había estado defendiendo el menguante territorio imperial. Y entonces, para perplejidad suya, había sido asignado al proyecto del *Eclipse*. No podía creer que todavía estuviera contando con fondos para ser financiado. Las cosas tampoco llegaron a aclararse cuando se vio involucrado en medio del proyecto. Las fuentes de financiamiento se encontraban ocultas en una maraña burocrática que jamás tendría posibilidades de desenredar. La evidencia disponible apuntaba hacia un poderoso líder imperial escondido en alguna parte, pero aquellos que empezaban a preguntar demasiado acerca del asunto, tendían a desaparecer sin dejar rastro. Unas pocas semanas atrás, justo antes de la culminación del hiper-impulsor de la nave y del arma principal, Dal había recibido órdenes de llevar al inacabado *Eclipse* hacia el Núcleo Interior. Había seguido las indicaciones, deseoso de desvelar el misterio.

Quizás la última cosa que Dal hubiera esperado encontrar, era al mismísimo Emperador renacido, esperándolo. Dal sabía con total seguridad que se trataba del Emperador, pero, ¿cómo era posible

que alguien pudiese regresar de la muerte, como un hombre más joven? Dal no podía concebirlo. Como el oficial imperial a carta cabal que era, él jamás había creído en la Fuerza. Pero ahora, el piso que sostenía sus piernas, y que lo mantenía ligado a la realidad, había empezado a estremecerse. Entonces se le había dicho que debía llevar la nave para destruir algunos mundos inhabitados del Núcleo Interior en nombre del Emperador. Envuelto por una sensación de surrealismo, el Almirante Dal había otorgado su conformidad. Quizás en verdad había llegado a morir en Endor, y él y su Emperador estaban forjando un nuevo Imperio en la *vida después de la muerte*. Aquello no importaba, en la medida que pudiera continuar sirviéndole. Si no estaba al servicio del Emperador, Dal instintivamente sabía que estaría muerto en vida.

El *Eclipse* emergió del hiperespacio, arrancando a Dal de sus reflexiones. La tripulación del puente, rápidamente empezó a ponerse en actividad, colocando a la enorme nave en curso hacia el mundo próximo, el cual estaba siendo registrado como una diminuta esfera de color azul en la pantalla principal. Dal admiraba a su tripulación. Eran algunos de los mejores oficiales que todavía quedaban en el Imperio. Eran eficientes y estaban bien entrenados, y eran completamente leales al Emperador. En el único sitio en el que Dal se sentía realmente confortable, era en el puente mismo, rodeado por sus oficiales humanos. En otras localizaciones a bordo del *Eclipse*, se sentía enervado por la presencia de los adeptos del Lado Oscuro, en su gran mayoría, alienígenas. Ellos hacían que se sintiera lleno de una profunda repugnancia, y en cuanto los veía, desataban un estremecimiento que lo recorría de arriba a abajo.

El pequeño planeta que se encontraba delante, continuaba creciendo en su pantalla visora. Dal se volvió para mirar a la plataforma especial que se encontraba por encima del puente. Allí se hallaba sentado el Emperador, sobre uno de sus tronos tecnológicos. Se encontraba sumido en medio de algo llamado *trance de meditación*, supuestamente en contacto con la Fuerza. El Emperador le había confiado a Dal, en forma privada, que la destrucción del planeta que tenían enfrente, incrementaría su poder. Dal había estado luchando por incluir a la Fuerza en la forma en que lograba apreciar la realidad, pero después de haber contemplado al Emperador renacido, ahora tenía la convicción de

que muchas cosas podían ser posibles. Debía de mirar al frente, para restituir al Imperio, y borrar a la Nueva República de su existencia.

El *Eclipse* reacomodó ligeramente su orientación, hasta quedar en rango de disparo directo.

—Toda la tripulación en estado de alerta —ordenó el Almirante. Observó una vez más a la forma impasible y aparentemente ajena, del Emperador—. Inicien secuencia de ignición primaria.

El *Eclipse* empezó a vibrar de manera muy sutil. Se trataba de la señal más significativa de las incomprensibles fuerzas que estaban a punto de ser liberadas. El poder de su nave embriagaba al Almirante. Muy pronto, el planeta que estaba frente a ellos, simplemente dejaría de existir. Dal no había podido servir en ninguna de ambas Estrellas de la Muerte, pero esto lo compensaba sobremanera por ello. Su arma principal era más poderosa que cualquiera que hubiese existido con anterioridad. Ahora, finalmente podría verla en acción. Y quizás, antes de que transcurriera demasiado tiempo, podría verla siendo empleada sobre los mundos de la Nueva República.

Dal estaba a punto de dar la orden de abrir fuego, cuando sintió una alarmante y aterradora constricción sobre su garganta. Su respiración se hizo entrecortada, y entró en pánico, mientras aferraba su cuello para intentar apartar las manos que lo oprimían de manera tan dolorosa. No había nada allí. El terror hizo presa de su persona, pero no había nada que pudiera hacer. La Fuerza estaba encargándose de asesinarlo, comprendió en sus instantes finales. Apenas logró ver que los oficiales que estaban alrededor suyo, también estaban siendo constreñidos. De manera irracional, pensó que podía ser capaz de ver a Lord Vader parado cerca de él. Eso tendría sentido, pensó, mientras su mente perdía conexión con su cuerpo arrebatado por el terror. Vader solía castigar a las personas de una forma similar a ésta. Pero había escuchado que Vader había muerto. Pero, por otro lado, el Emperador continuaba con vida, ¿no era cierto? Quizás no había muerto realmente en absoluto. Quizás todo esto no fuera el final, sino tan sólo un nuevo comienzo…

Palpatine permitió que la Fuerza fluyese a través de él. Podía sentir el balance de la Oscuridad contra la Luz. Muy pronto, él se encargaría de romper dicho balance, con un violento ataque contra

la misma naturaleza. El renovado poderío del Lado Oscuro, sería compartido con todo su ser, y una vez más, él se convertiría en su mayor sirviente. Pero su servidumbre no podría ser considerada como una condición de esclavitud; era una posición de ultimado poderío letal. Él ya estaba bastante por encima de los otros seres vivientes. Aquello le había sido otorgado debido a su conocimiento del propio Lado Oscuro. Eso era lo que él creía de manera absoluta.

El mundo que se encontraba delante de él, se hallaba pletórico de vida. Sus océanos y sus continentes estaban repletos de formas no sintientes. Su pérdida sería fuertemente percibida por parte del Lado Luminoso. No sólo se perdería la vida existente en él, sino también toda la vida potencial. De la misma manera en que toda la muerte potencial había sido perdida junto con la destrucción de la Estrella de la Muerte, debilitando al Lado Oscuro.

A pesar de encontrarse en trance, Palpatine era parcialmente consciente de lo que ocurría en su entorno. Había escuchado la orden de iniciar la ignición primaria, como si alguien hubiese estado hablando a una gran distancia. De esto se trataba todo. Estaba preparado para reclamar su título de Maestro del Lado Oscuro, un título que significaba más para él, que el de Emperador.

—*Pero un momento…*

Algo no andaba bien.

La orden para disparar no había sido dada.

Palpatine se hizo uno con la Fuerza, y logró percibir dos cosas al mismo tiempo. La tripulación completa del puente se encontraba muerta, y él se encontraba rodeado por unas siluetas vestidas de túnicas negras, con sus brazos humanos y alienígenas completamente levantados, como si fueran a abalanzarse sobre él. Tuvo un momento de meridiana claridad, para comprender al fin, que ésta era la causa de sus recientes temores. Se trataba de su propia muerte.

Y entonces, unas devastadoras descargas de rayos de la Fuerza, golpearon su cuerpo, procedentes de los diez adeptos que lo tenían rodeado por completo. Él se encontraba en el centro de una deslumbrante rueda pletórica de agonía, mientras sus ejes se entrecruzaban en medio de retorcidos arcos de fiera energía que se hundían en sus carnes, chamuscándolas por completo. El aire estaba repleto de chillidos, o quizás tan sólo se trataba de los aullidos de

Palpatine. Se deslizó del trono, cayendo sobre la plataforma, pero allí no logró encontrar ningún alivio, ya que las diez figuras se desplazaron de manera simultánea a sus movimientos, haciendo que el círculo que lo aprisionaba, se hiciera cada vez más estrecho. Las retorcidas descargas iluminaban aquí el rostro de un hombre barbado, mientras que por allá, dejaban ver un hocico cubierto de tentáculos. Manos, garras y otros apéndices desprendían una rabiosa muerte chisporroteante, dirigida a quien consideraban meramente un traidor.

Palpatine no tenía ninguna oportunidad en contra de tantos atacantes. Apenas si era capaz de pensar; retrajo su torturado organismo contra uno de los extremos del círculo, elucubrando un plan final y desesperado. Sus manos se escondieron bajo sus ropajes, y al momento de emerger, una ígnea explosión de color naranja procedente de un sable de luz, cobró vida súbitamente a partir de ellas. La dirigió directamente hacia el corazón de uno de sus atacantes. En el momento en que desfallecía el adepto, el círculo quedó quebrantado, y Palpatine logró ponerse de pie. Su respiro no duró más que eso. Recuperándose de su sorpresa, los otros nueve adeptos liberaron otra descarga de rayos contra las espaldas de Palpatine. El sable de luz cayó de sus manos, al tiempo que él terminaba siendo lanzado violentamente contra el foso de los tripulantes. Los adeptos avanzaron para ocuparse de reiniciar las asesinas descargas.

Pero ahora Palpatine se encontraba justo en el lugar en el que deseaba estar. Se colocó al lado de la mano muerta del artillero imperial que se encontraba a su lado, y accionó el disparador del arma principal de la nave. Con los dedos adoloridos, lo hizo descender en dirección hacia él.

El *Eclipse* se transformó en una titánica arma de energía. Una imparable barra de luz resplandeciente, hizo su aparición entre la nave y el planeta, disecando la oscuridad del espacio. Por un momento, la nave y el planeta quedaron enlazados, y entonces la superficie del planeta empezó a ebullir como si una bola de cera hubiese sido lanzada al interior de una hoguera. El núcleo rocoso del pequeño mundo aguantó por un momento más, y luego, también se estremeció en medio de la barra luminosa, y terminó por evaporarse.

Sobre el puente del *Eclipse*, los adeptos del Lado Oscuro ignoraron el espectáculo, y de manera implacable, reanudaron su ataque. Palpatine había mantenido su objetivo siendo un secreto incluso para sus adeptos, en razón de las premoniciones que había tenido, de tal manera que ellos no tenían ni idea de lo que él pensaba ganar con aquella acción. ¿Quizás pensaban que se trataba de un último acto de desafío? ¿Sobre un mundo en el cual jamás llegaría a ejercer su dominio?

Sus rayos de la Fuerza cayeron sobre Palpatine una vez más, acarreando su sentencia justiciera junto con ellos.

Los rayos nunca llegaron a incidir sobre él.

Una brillante esfera había aparecido alrededor de Palpatine, un globo de luz similar a la superficie que envolvía todo Coruscant, el cual aislaba completamente su figura que yacía sobre el piso de la cubierta. Los rayos de Fuerza impactaron sobre la esfera, pero no lograron penetrarla. El salvaje espectáculo de fieras energías rodeándola por completo, transformaron a la esfera en una bola en llamas. Un momento después, todo el poderío del ataque, les fue devuelto a los adeptos en forma de oleadas de una magnitud grandemente incrementada. Al unísono, decidieron que debían huir del lugar, pero las calcinantes ondas de choque los envolvieron por completo. Nueve carbonizadas formas vagamente humanas, hechas cenizas por completo, tapizaban la cubierta del puente.

Ni siquiera habían tenido oportunidad de gritar.

El silencio cubrió el puente de manera solemne. La esfera continuó resplandeciendo por algunos momentos, y luego se desvaneció, revelando dentro, la agobiada forma de Palpatine. Se encontraba desparramado sobre el piso, bastante cerca de la inconsciencia. Sus hendidos ojos brillaban con un resplandor siniestro, y unas negras flamas parecían desprenderse de sus extremidades.

La Fuerza estaba con él… una vez más.

La señal que Urn Zelotes había estado aguardando, no llegó nunca. No había ninguna comunicación en absoluto con el *Eclipse*. La terminal de la HoloNet en el laboratorio de clonación, se encontraba sombría e indiferente. Segundo a segundo, el miedo

empezó a apoderarse del interior de Zelotes, como una criatura viviente que estuviese a punto de nacer allí mismo, y que estuviese carcomiendo su voluntad, a la par que iba acrecentando sus dimensiones. No había ninguna señal. ¿Qué era lo que había sucedido? ¿Es que acaso sus aliados se encontraban muertos? ¿Todos ellos muertos? Era imposible. Su ataque debía haber sido retrasado, o quizás cancelado. Pero no; en caso de haber ocurrido semejante circunstancia, ellos también se lo habrían hecho saber. Muertos. Todos muertos. ¿Acaso Palpatine estaría muerto también? Zelotes se quedó perdido por un minuto, mientras la indecisión empezaba a amenazar con aplastarlo.

La puerta del laboratorio se estremeció, y terminó volando. Unos pesados explosivos habían logrado abrirles paso a sus atacantes a través de ella. Eso era todo. Ya no le quedaba más tiempo.

Zelotes encaró a sus prisioneros.

—¡Muéstrenme otra salida de esta habitación! —les ordenó.

Pestage todavía no parecía ser capaz de ponerse en pie, así que Rollo Mon se dirigió, tembloroso, hacia una pared desnuda detrás de una hilera de cilindros Spaarti. Puso una mano sobre la pared, dejando bien en claro que tan sólo se trataba de un holograma.

—Gracias, Condestable. Debo dejarlos, ya que no estoy seguro de si mis aliados han tenido éxito en su misión. Debo dirigirme a un lugar seguro en medio del anonimato, si es que pretendo volver a tener una oportunidad, en algún otro momento. Nadie debe llegar a conocer mi identidad, y desafortunadamente, eso significa que ustedes dos tengan que morir. Venga aquí, Condestable; voy a hacer que esto sea lo menos doloroso posible, ya que usted ha sido de gran utilidad para mi persona.

Rollo Mon, sin poder hacer nada más, caminó de regreso hacia el adusto adepto de silueta similar a la de un lagarto, mientras las lágrimas empezaban a inundar sus mejillas. Pero Zelotes había cometido el error de volverle las espaldas a Sate Pestage. El Gran Visir no se encontraba desamparado. Había estado luchando por recuperar algo de control sobre su propio organismo. En medio de su miedo y su distracción, Zelotes lo había perdido completamente de vista. Pestage aferró el largo cilindro que había estado conteniendo el veneno, y lo arrojó tan fuertemente como pudo contra la cabeza de Zelotes. El cráneo en forma de cuña del adepto,

fue lanzado hacia un costado, y en ese momento, Rollo Mon quedó liberado.

—¡Vete! —restalló Pestage.

El Condestable se dio la vuelta, y salió corriendo detrás de otra hilera de tanques. Urn Zelotes giró en dirección hacia Sate Pestage, y lo aferró por su enjoyada sotana, con unos fuertes dedos parecidos a zarpas. Arrojó al viejo hombre de una manera poco considerada, y éste cayó sobre una de sus caderas.

—No te muevas de allí —lo amenazó Zelotes, y salió corriendo a revisar los tanques detrás de los cuales había salido escapando Rollo Mon. Pero el Condestable ya no estaba más. Definitivamente, había una tercera salida en alguna parte por allí atrás.

Y junto con él, también se había esfumado cualquier esperanza de mantener su identidad a salvo, si es que Palpatine hubiese logrado sobrevivir para llegar a conocerla. Efectivamente, Sate Pestage había terminado por sentenciarlo. Sin molestarse en coaccionar al Gran Visir, Zelotes se paró por encima de él.

—Todo esto ha sido para nada, si es que Palpatine todavía continúa con vida. Sus clones están muertos, pero esa ha sido una precaución innecesaria. Todo esto ha sido para nada.

Pestage le sonrió a Zelotes.

—No deberías sentirte tan mal. Otros también lo han intentado. Y también han fracasado. La gloria es *suya*, y nadie puede ser capaz de arrebatársela. Él siempre será el Maestro.

Zelotes frunció el ceño. La rabia dominaba sus facciones. Sabía que debía salir huyendo. Palpatine todavía se encontraba lejos del planeta. Si Zelotes pudiera llegar a Velarium, quizás podría llegar a sobrevivir. Sabía que ya no estaba pensando de manera racional. Ya no le importaba. Dio un paso para alejarse de Sate Pestage. Si no podía llegar a destruir a Palpatine, entonces al menos, destruiría una parte de la vida de Palpatine. Uno de los últimos dos Centinelas se aproximaron hasta donde estaba el Gran Visir, lo levantó, y empezó a apretujarlo.

Sate Pestage se las ingenió para jadear tan sólo algunas últimas palabras.

—Y él siempre será mi hijo.

Se escuchó el sonido de unos delicados huesos rompiéndose, y el —alguna vez— todo poderoso Gran Visir del Imperio Galáctico,

expiró. El Centinela dejó caer el cuerpo al piso, a la espera de nuevas órdenes. Zelotes contempló desesperadamente el cadáver, mientras que la vestimenta que cubría una de sus caderas, todavía desprendía el brillo de las piedras preciosas con las que estaba adornada. La expresión de su rostro era beatífica.

—¿Hijo? ¿Acaso acaba de decir «hijo»? ¿Quizás este sujeto era en verdad el padre del Emperador?

El laboratorio empezó a dar vueltas alrededor de Zelotes.

Abandonando a los Centinelas que permanecían de pie, inmóviles como si fueran las losas de sendas tumbas, el díscolo adepto salió huyendo a través de la puerta que Rollo Mon le había señalado.

CAPÍTULO VI

> «La ira, concentrada por la voluntad en el centro vital del organismo, crea un portal a través del cual son liberadas unas vastas energías —las energías del Lado Oscuro de la Fuerza. Permaneciendo con la mente vigilante, en medio de mis meditaciones sobre la ira, he logrado asesinar a mis enemigos desde grandes distancias, por medio del poder del Lado Oscuro, el cual es capaz de atravesar toda la galaxia. He podido crear rayos, y he sido capaz de liberar su fuego destructivo. Empleando este conocimiento, puedo liberar las energías del Lado Oscuro que se encuentran alrededor de nosotros, incluso para romper la materia de la que está hecha el espacio mismo. De esta forma, he podido crear tormentas».
>
> —*Extracto del Libro de la Ira.*

—Espaa.

—¿Padre?

—¡Gracias a la Fuerza que estás con vida! Tenía que estar seguro de ello, antes de partir.

—¿Qué es lo que anda mal? ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Lo lamento en verdad, Amo, pero estoy muerto.

—¿A qué te refieres? ¿En dónde estás?

—Estoy muerto, Espaa. Voy a volverme parte del Todo. Ahora me encuentro dentro de tu mente. Fui capaz de encontrar tu mente como si fuera un faro, y logré llegar hasta ella. Te has vuelto poderoso una vez más. La Fuerza te ha elegido, de la misma forma en que lo hizo con anterioridad. Cuando despiertes, mi identidad se habrá ido. Ya en este momento puedo sentir el tirón. Es, en verdad, algo muy hermoso.

—¿Volveré a verte alguna vez?

—Yo… no lo sé. Te encuentras en una senda diferente. No estoy seguro de que sea posible. Pero todavía puedes aprender más cosas. En vida, yo veneraba tu gloria, pero ahora veo que tiene sus límites. La Fuerza, el Todo, son una sola entidad, hijo mío. Tú tan sólo puedes sentir una parte de todo.

—Un mito de los Jedi. La Fuerza es tan sólo un poder para ser empleado, por el cual se paga el precio, para llegar a ser un Maestro.

—No estoy aquí para discutir contigo. Estoy aquí para decirte que siempre te he amado. Ahora voy a reunirme con Gemsaa, mi esposa, de todas las formas en que es posible hacerlo…

El insistente pitido de la terminal de la HoloNet, finalmente alcanzó la conciencia de Palpatine, y éste despertó, mareado, angustiado frente a las reminiscencias de un sueño que empezaban a esfumarse. Se encontraba sobre la cubierta del foso de tripulantes del *Eclipse*. Alrededor de él, todo lo que lograba distinguir, eran los cuerpos muertos de sus oficiales, y el del Almirante Dal. En la escalinata superior, se encontraban algunos acúmulos de cenizas. Aquella visión le trajo a la memoria la reciente batalla que había sostenido, de manera tan cruenta. El sueño se había desvanecido. Pero lograba recordarlo. Todo ello ya no importaba. ¡Estaba vivo! Había logrado triunfar. La Fuerza estaba con él, y había vuelto a recuperar mucho de su antiguo poderío. Empezó a curarse a sí mismo, al tiempo que cojeaba para aproximarse a la chirriante terminal. La figura de Rollo Mon apareció allí, como un pequeño holograma. Se veía frenético.

—¡Usted está vivo! ¡Entonces no lograron tener éxito! Amo, se ha producido un ataque aquí en la Ciudadela. El Adepto Zelotes se abrió camino luchando hasta los laboratorios de clonación, y destruyó todos vuestros clones. Me siento avergonzado de tener que confesar que él se hizo con el control de mi persona, y que obtuvo mi ayuda. Y Amo —la voz de Rollo Mon se quebrantó—. ¿Cómo le puedo decir esto? Él también se hizo con el control del Gran Visir Pestage. Él iba a matarnos a ambos, pero Sate Pestage lo atacó primero, de tal forma que yo pude escapar. Él le dio su… terminó siendo asesinado. Él dio su vida por mí. Pero Zelotes logró escapar. No tengo idea de a dónde haya podido dirigirse. ¿Amo? ¿Cómo podríamos hacer para encontrarlo?

Palpatine dio un paso para alejarse de la terminal, como si haciéndolo, pudiera rechazar el mensaje que le había sido transmitido. Cerró los ojos. Su cabeza se reclinó hacia atrás. En ese momento, la presencia de Rollo Mon se vio expulsada de sus percepciones. Sus manos se transformaron en puños. Sate Pestage. Muerto. Su amigo, su Gran Visir, su confiable servidor, el hombre

que alguna vez había sido su padre… estaba muerto. Asesinado. Palpatine levantó sus brazos, y sus puños se mantuvieron en lo alto. Sus dientes chirriaban, mientras sus rasgos empezaban a revelar la violenta rabia que sentía. Muerto. Asesinado por Urn Zelotes. El único ser que había logrado penetrar su aislamiento, y que había conseguido permanecer allí. El hombre que había salvado su vida. Asesinado. La ira se encontraba presente en aquel momento, devorándolo todo, clamando ser liberada. Palpatine mantuvo el dominio sobre su ira, avivando su fuego. La ira estalló convirtiéndose en rabia, pero él logro contenerla, concentrándola en su interior, en lo más profundo de sus entrañas. Rabia. Poder. El poder estaba en todas partes, esperando a ser empleado. Tan sólo necesitaba una salida. La rabia era como una puerta de gélido hierro en su interior, cerrada, conteniendo todo su poder. Empezó a hacer que la puerta empezase a agrandarse.

Urn Zelotes había intentado matarlo. Zelotes había destruido todos sus clones, y sus aliados también habían estado cerca de asesinar a Palpatine. Había estado muy cerca de una muerte definitiva y del interminable caos subsecuente, y él ni siquiera había llegado a advertirlo. Ahora el temor frente a ese pensamiento, alimentaba su ira, aumentando su influjo. La puerta que contenía todo su poder, estaba agrandándose cada vez más. Ahora se sentía como si tuviera varios metros de espesor, y aun así, se estremecía violentamente.

Zelotes era uno de sus adeptos más antiguos. Palpatine había acogido al exiliado thaarniano, y había compartido con él su conocimiento. Había sido correspondido con traición, asesinato, y muerte. La muerte de Sate Pestage. La traición y la pérdida, el miedo y la ira. La agresión era lo que continuaba, pero todavía no. Palpatine se encontró a sí mismo acumulando más poder del que nunca había ostentado con anterioridad. El dolor de su pérdida había abierto una fuente inadvertida, que previamente, él jamás había imaginado que pudiera existir. Todos los hombres perdían a sus seres queridos, y muchos aullaban de rabia. Aquello no le importaba en absoluto al universo. Pero los otros hombres no eran el Maestro del Lado Oscuro de la Fuerza. El Maestro aulló de dolor y de rabia… ¡y el universo le hizo llegar una respuesta!

La puerta empezaba a sentirse como parte de una enorme pared,

una sombría fortaleza hecha de hierro y piedra. El poder contenido gritaba y estrellaba su furia en contra de la puerta, martillando de manera inmisericorde, un millón de voces clamando por su inmediata liberación.

Palpatine abrió la puerta.

Y un nuevo ente nació en medio de la galaxia.

Por fuera del *Eclipse*, un vórtice de tiempo y espacio empezó a hacerse cada vez más grande. Al inicio, giraba pesadamente, pero pronto se transformó en una enorme tormenta similar a un embudo. Palpatine permanecía perplejo por el asombro. La tormenta había sido forjada por él mismo, y estaba ansiosa por empezar su labor de destrucción. ¿Sería capaz de controlarla? La imagen de Urn Zelotes llenó sus percepciones. Sus conexiones con sus adeptos habían sido restablecidas. Zelotes se encontraba en Byss. Se había dirigido a la ciudad de los adeptos, quizás para ocultarse, tal vez para intentar escapar. No lograría hacerlo… no habría la menor posibilidad de escapar. La tormenta respondió al odio que sentía. Se arremolinó hacia el hiperespacio, y prorrumpió estallando sobre Byss. El grandioso vórtice rugió descendiendo a través de la atmósfera, desgarrando los satélites de defensa, despedazando las naves y los pequeños cazas que tuvieron la mala suerte de encontrarse en su camino. Los sistemas automatizados de defensa del Sector de Control Imperial, lanzaron descargas de energía hacia el cielo, como si se tratase de una lluvia con orientación invertida, pero la tormenta tan sólo pareció adquirir mayor velocidad. En cuestión de segundos, se encontraba por encima de Velarium.

Urn Zelotes se había dirigido de regreso a sus habitaciones. Todavía tenía tiempo, se decía a sí mismo, una y otra vez. Zelotes casi había perdido por completo la capacidad de planificar las cosas. No había considerado que quizás las fuerzas del Emperador ya podrían haberse apostado por los alrededores de su lugar de residencia, esperando para tomarlo prisionero. No tenía ni idea de a dónde terminaría dirigiéndose, después de que pudiera recoger sus posesiones más importantes. En realidad, nunca habían tenido ningún plan de contingencia, en caso de que todo fallara. Quizás ni siquiera había pensado en uno. Zelotes sólo sabía que debía mantenerse en movimiento, para esconderse en donde pudiera. Reunió sus libros y sus talismanes, amontonándolos todos en un

saco de material resistente. Aquellas cosas constituían sus últimos vínculos con su mundo natal de Thaarn, y su vieja forma de poder emplear la Fuerza. Palpatine le había enseñado nuevas maneras, y Zelotes había intentado usar aquellas enseñanzas en contra de él. Pero quizás habría algo en sus viejos libros que pudiera servirle para sobrevivir al fracaso de este golpe de estado.

Apresurándose para escapar de la habitación, Zelotes volcó la mesa que sostenía el Libro de la Ira. Traqueteó cayendo encima del suelo sobre uno de sus lados, y se activó. El holograma de Palpatine salió proyectado de manera horizontal, y continuó desarrollando su discurso.

—… o sus consecuencias. Cuando el Imperio Oscuro esté completo, los seguidores del Lado Oscuro compartirán mi poder de ser capaces de observarse el uno al otro. La traición ya no será algo práctico.

Palpatine tenía algo más que decir, pero Zelotes ya no se encontraba dentro de la habitación.

La Tormenta de Fuerza descendió sobre Velarium. Y a medida que iba envolviendo la ciudad, los edificios eran arrancados de cuajo, siendo absorbidos por el vórtice, fragmentándose por completo al tiempo que empezaban a elevarse. El deseo de represalias del Emperador, exigía un gran número de víctimas en aquel día. Docenas de adeptos, quienes no tenían nada que ver con la conspiración, fueron engullidos por la tormenta, y terminaron desapareciendo. También Urn Zelotes encontró su final en medio de aquel caos inmisericorde. Su edificio fue arrancado desde sus cimientos, y se elevó en dirección al vórtice de aniquilamiento. En el camino, fue golpeado a través de las calles, y súbitamente, Zelotes se encontró a sí mismo levantado de entre los escombros, hacia el medio de la atmósfera. El mayor de los horrores, fue que no empezaba a caer sobre el suelo. Completamente consciente, fue absorbido hacia el gigantesco remolino que se había formado en el cielo. Pensó que casi podía escuchar al Emperador, riendo y riendo sin parar. Entonces, su cuerpo fue desmembrado por la tormenta, y el inacabable caos del Lado Oscuro, se hizo cargo de lo que quedaba de él.

Poco tiempo después, la tormenta empezó a amenguar. Los testigos hablaban de cómo parecía que lo estaba haciendo de

manera reluctante, y de si —de haber querido hacerlo—, hubiese podido devastar todo el Sector de Control Imperial. Atrás dejaba toda una pequeña ciudad en escombros, sin nada ni nadie con vida en su interior. Pero a tan sólo a algunos kilómetros de distancia, la Ciudadela Imperial permanecía estando inalterable.

Al cabo de algunos días, los violentos incidentes que habían rodeado el intento de golpe de estado, habían sido olvidados en su mayoría. Los Sovereign Protectors no habían mencionado nada al respecto, ni tampoco Rollo Mon, de tal manera que el conocimiento de la vulnerabilidad de Palpatine, así como su carencia de clones maduros, no llegó a oídos de nadie más. Sin embargo, la causa de la destrucción de la ciudad de los adeptos, era la comidilla de todos. Había sido «revelado» que varios adeptos se habían complotado para llevar a cabo un acto de traición, pero que sus planes habían sido descubiertos antes de que pudieran llevarlos a cabo, y que todos los traidores habían sido ajusticiados por el poder de Palpatine, a través de la Tormenta de Fuerza. Se trataba de una lección que jamás podría ser olvidada.

Palpatine había regresado junto con el *Eclipse*, habiendo decidido postergar cualquier empleo posterior de la nave, hasta que sus daños pudiesen ser reparados en Byss. Hizo que su presencia fuese ampliamente notada, y todos aquellos que lo veían, podían sentir su renovada fortaleza, y empezaron a sentirse un poco más que temerosos.

El Emperador estaba de vuelta.

Entonces, llegó el momento para que se tomase una decisión con respecto a un asunto que consideraba importante. La mirada de Palpatine se mantenía dura y gélida, mientras contemplaba meditativamente, al Condestable del Homunculi. Rollo Mon sostenía un pequeño crio-contenedor en sus manos, y lo colocó sobre la mesa que se encontraba en medio de ambos.

—Todo depende de usted, Amo. Podemos clonarlo, y asignarle cualquier edad que usted desee. Pero queda pendiente el asunto del tipo de recuerdos que usted desea que le podamos implantar…

La voz de Palpatine se oía distante.

—Ya habíamos discutido todo esto, él y yo, hace casi un año. Él

pensaba que yo podría querer atraerlo una vez más a esta vida, a pesar de que yo ya lo había abandonado en aquella otra ocasión. Pero además, él mantenía esa creencia de que podía ser mi padre…

Los ojos de Rollo Mon se quedaron abiertos de manera descomunal, pero Palpatine se limitó a sacudir su cabeza, negándolo todo. No había razón para permitir que Rollo Mon conociese toda la verdad acerca de Pestage, o de lo que había sucedido en realidad. Claro que podía darse por sentado, que alguna vez Palpatine había tenido sus padres, como cualquier otro ser viviente. Pero luego, cuando fue elegido por el Lado Oscuro, ya no quedó lugar en su vida para semejantes parentescos. Era tan sólo ahora, cuando Sate Pestage había partido, que en verdad empezaba a comprender todo lo que el viejo hombre había llegado a significar para él.

—Él solía decir que no deseaba que nadie más pudiera reclamar semejante honor, incluso tratándose de un clon de sí mismo. Sí, Condestable, clónelo, pero haga que tenga una edad como la que poseía hace unos diez años atrás. Implántele las cosas que necesite saber para desempeñarse en todo como mi asistente personal, y para actuar como el Gran Visir del Emperador, pero ninguna otra cosa más.

Rollo Mon se puso de pie, e hizo una reverencia.

—Sus deseos serán cumplidos, Amo.

Salió, dejando por completo a solas a Palpatine.

EPÍLOGO

Palpatine era el Amo indiscutido del Lado Oscuro de la Fuerza, y ya no quedaba nadie que pudiera hacerle sombra. Sus penetrantes ojos amarillentos observaban todo desde un rostro que permanecía inalterado, pero que también se notaba vacío. Aquellos ojos evitaban fijarse en el asiento que solía emplear Sate Pestage para sentarse, cuando ambos compartían sus alimentos. La senda del Lado Oscuro, era la senda del aislamiento, del engrandecimiento personal a costa de todas las otras relaciones. Palpatine se preguntaba si en verdad ésa sería la razón por la cual Sate Pestage había terminado muerto.

Tan sólo podía pensar en una sola cosa para honrarlo. La próxima vez que se enfrentase a Luke Skywalker, como ciertamente sabía que sucedería, Palpatine haría lo que Pestage le había sugerido, y trataría a su enemigo como a un aliado potencial. El poder de la anticipación de Palpatine había regresado, y todavía podía visionar a Skywalker arrodillado ante él, diciendo:

—El destino de mi padre es el mío propio.

Pero el muchacho no había estado preparado para unirse a él, todavía no. Tal vez en algunos años. Él todavía debía aprender las limitaciones de lo que podía llegar a hacer con el Lado Luminoso. Cuando Skywalker estuviese preparado, Palpatine haría su movida, y terminaría apoderándose del último de los Jedi. Sería la mejor venganza contra el resto de sus enemigos, el volver a su mayor esperanza en contra de ellos.

Palpatine dejó escapar su vieja risa, el sonido de un sádico regocijo. Cosas grandiosas estaban por llegar a su vida. La galaxia se convertiría en su Imperio Oscuro. ¿Y cómo podría evitarse que ocurriese así? ¿Quién podría resistirse al poder del Lado Oscuro… para siempre?

Notas

[1] Sovereign Protectors: Protectores Soberanos, también conocidos como Campeones de la Guardia Real, eran la mayor élite de los contingentes de guardias del Servicio Imperial. N. del T. <<

[2] Thaarniano: raza no localizada en el universo de Star Wars. Suponemos que se trata de una creación por parte del autor. N. del T. < <

[3] Sovereign Protectors: Protectores Soberanos, también conocidos como Campeones de la Guardia Real, eran la mayor élite de los contingentes de guardias del Servicio Imperial. N. del T. < <

[4] Rifle de energía Prax: El modelo AMX-50 era un rifle bláster de rápido disparo del Conglomerado de Defensa Drearіano, combinado con un lanzador de micro-granadas de los Sindicatos Locris. Podía ser montado sobre un bípode para mejorar su precisión. N. del T. <<

[5] Cilindros Spaarti: los cilindros de clonación Spaarti, eran dispositivos empleados para la creación de ejércitos personales de clones, por parte de aquellos individuos ricos, o lo suficientemente bien relacionados como para poder adquirirlos. El crear clones a partir de los cilindros Spaarti, era la forma más rápida de clonación que se conocía en la galaxia. N. del T. <<

[6] Zingali: raza no localizada en el universo de Star Wars. Suponemos que se trata de una creación por parte del autor. N. del T. < <